

Itinerarium mentis in Johannem

por Gregorio San Juan

En el cielo de España nadie el prodigio supo
(Gerardo Diego)

*Si quis vero per hoc hostium introierit, ingredietur et egredietur
et pascua inveniet.*
(San Buenaventura. *Itinerarium mentis in Deum*)

A la hora de elegir la materia de mi trabajo para este monográfico que dedicamos a Juan Larrea, he pensado que tal vez tenga interés para mis lectores contar la relación personal que con él mantuve a lo largo de años, poner en limpio algunos recuerdos de esta relación cordialísima, y hablar de mi encuentro con él, tan largamente esperado, en San Sebastián y en Bilbao; pero sobre todo de las etapas previas, del tiempo en que hube de buscar a tientas noticias suyas, huellas de su paso por el mundo, hasta conectar epistolarmente con él, hacerme con su obra toda y tratar de entender y asimilar su mensaje. Ello puede ayudar a acercar a mis lectores la figura humana de aquel poeta que fue, ante todo, *vir bonus*, un hombre volcado en la amistad y en la generosa siembra de ideas y de afectos. El San Juan Larrea de que hablé, con entera convicción, el profesor Uruguay González Poggi.

Pienso que, aquí y ahora, puede tener algún interés el testimonio de mi relación personal con él, los temas que alimentaron nuestra correspondencia, espaciada a lo largo de los años, y algún proyecto mío de homenaje a su persona y a su obra, que no fue adelante por razones que explicaré, así como mi deseo de incorporarle, **-¡non erat tempus!**- a la vida literaria y cultural de nuestro pueblo, de Bilbao, y de España, de la que se había alejado del todo físicamente, pero en modo alguno con el alma, ya que toda su obra escrita en el exilio es una apasionada y urgente meditación española. Ocasiones habrá de aventurarnos por su pensamiento, por sus planteamientos estéticos o teológico-políticos, por su poesía singular.

Durante algún tiempo fui el único corresponsal que tuvo en España y, por de contado que el único del País Vasco, en el que Larrea había nacido y del que se había alejado definitivamente -"Bilbao,

esa ciudad que tan a antigualla me suena como Taprobana o las Termópilas", escribe en una carta dirigida a mi mujer, el 26 de febrero de 1960-; el único de la España Citerior, como acostumbra a llamar a la España que aquí se quedó y padeció, bajo Poncio, el llamado Caudillo, mi entrañable amigo José Manuel Castañón, hombre larreano y vallejiano, que ha llevado su canto errante, como Rubén, con alegrías y con malas. Castañón, entrañable amigo, por entonces en la España Ulterior, en la España Peregrina, en la Diáspora. Tuve, pues, la dicha de tratar con Larrea de las cosas de aquí, de las cosas de España, durante algunos años. Más tarde tuvo otros corresponsales más ilustres, aunque no más devotos.

Me escribía Castañón, desde Caracas, el 21 de octubre de 1980, a poco de morir Larrea: "Yo conservo un centenar de cartas. Cuando nos veamos en ésa, ya haremos fotocopias. Pudiera ser un día el homenaje del País Vasco: editar el epistolario de D. Juan. Ya hablaremos. Nosotros, -tú, yo y otros amigos de España: Serra en Mallorca, Borrás en



De izquierda a derecha: Enrique Sarasola, Juan Larrea, Santiago Amón y Gregorio San Juan. (Acto de presentación "Picasso-Guernica", de Juan Larrea, en Bilbao, enero de 1978)

Mallorca, Piñer en Madrid, - seremos apóstoles de ese gigante del espíritu, el más grande vasco de este siglo: un Lolyola para la cultura por venir. Divulgarlo no es para soñar con el éxito, eso es una quimera. Será labor de apostolado dentro de esa conciencia de ser, más allá de la vida y de la muerte de nuestro inolvidable Maestro."

Porque era un creyente en el valor de la inteligencia y del instinto y en su decisiva influencia en la marcha de la historia, Larrea tenía una gran fe en las ideas que arrastraba consigo, en las intuiciones que alumbraba y en el sentido de futuro que tenía su mensaje, "con la falta que hace su difusión en la península, donde tan necesaria es la penetración del oxígeno de la verdad histórica, en ese ambiente viciado por cuarenta años de pudridero". Pero la verdad es que no tenía prisa por imponerlas, porque estaba seguro de que se impondrían por sí mismas, de que la historia le acabaría dando la razón. Creía ver en esta conformidad, en esta confianza en el devenir del Espíritu, "la prueba de todas mis teorías y mi situación de perfecto acuerdo con el inconsciente colectivo".

A los que no están en el secreto de su mente, les resulta difícil entender que haya podido tener su obra poética prácticamente secuestrada, sin intención de darla a la publicidad, durante tantos años y lo mismo su fundamental libro en prosa *Orbe*, del que hasta el momento no ha sido publicada más que una breve selección. Sorprende que dejase de escribir poesía tan tempranamente, que considerase ya cumplida su etapa creadora y aceptase durante tantos años la indiferencia, la no presencia en las revistas como poeta **vivo, actuante**. Sorprende también que siendo el poeta que era, no hiciese nada por ser conocido o estudiado, dado que apenas se le menciona en algunos de los libros más serios escritos en aquellos años. Así en la *Antología Poesía española actual*, de Alfonso Moreno Redondo, que incluye a 78 poetas de aquel momento (1946), ni se le nombra. Ciertamente eran muy escasas las noticias relativas a su persona o a su labor. Los datos sobre su vida y su obra había que rastrearlos en crónicas de periodistas marginales, de algunos poetas intuitivos que lamentaban su lejanía y su

silencio. No habían tropezado con su obra, o apenas, los académicos, los poetas-profesores; con la obra de este maestro heterodoxo.

Hay que reivindicar a los poetas que se adscribieron a escuelas **unipersonales**, que si algo tuvieron fue ese arranque de singularidad, de heterodoxia, ese impulso decidido por salirse de los cauces y de las escuelas, y hasta de las antologías; ese ir por libre, -esto vale para Larrea, es obvio, pero también para Moreno Villa, para León Felipe, y desde luego para sus amigos fraternales Huidobro y Vallejo. En todo el ruido que se hizo con la poesía por aquellos años, (Lorca, Alberti, Neruda...), apenas suena el nombre de Larrea. Porque Larrea está ausente de toda guerra de grupo, de toda tarea colectiva, de todo afán de bandería o trincherera. El poeta tal como él lo entiende, el poeta-profeta es "el hombre a través del cual se expresa el Espíritu", como escribió ejemplarmente Hölderlin o, como dice con lenguaje más actual Larrea, el inconsciente colectivo; y esto no se ha podido hacer nunca desde el grupo ni desde eso que se viene llamando "generación". El profeta siempre ha ido solo y con frecuencia ha conocido la soledad y ha habitado el desierto. Aquellos poetas sus coetáneos, los llamados del 27, no vieron nunca con buenos ojos al poeta-profeta. Así escribe Pedro Salinas a Jorge Guillén, en carta de 5 de marzo de 1940: "He leído un artículo, - se refiere a *Introducción a un Mundo Nuevo* de Larrea, que me ha dejado atónito, por el confusionismo misticista mental y profético, como de teósofo." Y el 28 de febrero de 1943: "En el mismo número -habla de *Letras de Méjico*- salía una reseña de Larrea sobre el último libro de Reyes, que me hace temer que esté ya para el manicomio. Todo aquello de la Virgen de Guadalupe y el rapto de Europa huele a demencia. Pobre chico, tan entusiasta y serio como es." En carta del 30 de enero de 1944 llega al extremo de cuestionar el derecho de Larrea a figurar en una Antología - *Poetas del destierro*, de José Ricardo Morales, - al atribuir su inclusión en ella al deseo del antólogo de colaborar en *Cuadernos Americanos*, la revista fundada por Larrea. Por su parte, Jorge Guillén se expresa así, en carta a Salinas, sin fecha, pero de octubre de

1946: "Acabo de recibir *Jardín Cerrado*, de Emilio Prados, con un absurdo prólogo de Larrea. Pero ¿qué relación tendrá una obra de ese tipo y con ese título, tan adecuado a los versos, con el tema social, histórico, del pueblo español? El oficio de profeta es insoportable. Larrea delira. Dichosos los tiempos de *Favorables. París. Poema*."

En cuanto a la obra poética de Larrea, sabemos que sólo la publicación de la revista *Favorables París Poema*, -y en cierta medida, también la edición, de 50 ejemplares de *Oscuro Dominio*, fue un acto deliberado, intencional, hecho con voluntad clara y subvertidora. A partir de entonces, permaneció recluido en su obra, trabajando en *Orbe* y en sus otras obras de pensamiento, analizando lúcidamente la palpitación del mundo. Eso que a algunos poetas de su generación no parece que entusiasmara demasiado.

Si figuró en la *Antología* de Gerado Diego no fue por su propia voluntad, como tampoco fue por propia voluntad por lo que colaboró en las revistas en que lo hizo, pues sabemos que fue Cansinos-Assens el que envió sus versos a *Cervantes* y Gerardo quien publicó, después de traducirlos del francés, los que aparecieron en *Carmen*. Y las otras antologías en que figuró (la de González-Ruano, *Caballo de fuego*, *Verbo*, etc), le incluyeron sin consultarle nunca.

Por ello su obra ha tenido un tardío reconocimiento en España, de cuya vida literaria estuvo ausente a lo largo de toda su existencia. Es sintomático que en un libro tan acreditado como es *Poetas españoles contemporáneos*, de Dámaso Alonso, el único Larrea que se cita, -hasta ocho veces- sea José María Larrea, el contemporáneo de Bécquer, prebecqueriano o becqueriano ya; y que en un libro como *Superrealismo poético y simbolización*, de Bousño, donde por la materia de que trata, parece que debiera ser estudiado en profundidad, -por ejemplo García Lorca aparece citado 47 veces, Antonio Machado 38 y Alexandre II - a Larrea no se le cita ni una sola vez; sí se citan, pero una vez tan sólo, a Huidobro y Vallejo. Se diría que esto deberá cambiar cuando, como escribió Machado, una nueva luz ilumine la conciencia de nuestro siglo.



**librería
herriak**

Licenciado Poza, 11 - 48008 BILBAO

Planta calle

☎
432 49 21

literatura
libro vasco
ensayo literario
lingüística - diccionarios
filosofía - cultura clásica
derecho - política
historia - geografía
sociología - antropología
ciencias de la información
bellas artes
libro infantil - juvenil

Planta alta

☎
443 48 07

medicina - enfermería
psicología
pedagogía
educación física y deportes

Planta baja

☎
443 47 08

informática
economía - empresa
ciencias naturales - ecología
matemáticas - física - química
filosofía de la ciencia
agricultura

Para entrar en contacto con Larrea hube de desarrollar un itinerario largo y accidentado, porque no era fácil, en aquellos años, descubrirle. Ese *itinerarium mentis* en torno a Larrea es al que, por el valor de ejemplaridad que pueda tener, referiré aquí.

La primera etapa en el camino hacia Larrea, el primer acercamiento a su obra me lo facilitó la *Primera antología de sus versos* (1942), de Gerardo Diego, que leí en mi adolescencia y llegué a aprender casi de memoria. Aquel endiablado Gerardo era un poeta proteico, sorprendente. Junto a sonetos de impecable factura, tallados como un diamante, y a glosas que hubieran podido firmar Vicente Espinel o el propio Bocángel, había unos extraños poemas cuyo sentido se me escapaba. Me parecían inspirados por un diablillo travieso, dotado de un excelente sentido del humor.

Al aprendiz de preceptiva que yo era por entonces, aquellos juegos de ingenio le entusiasmaban, le desconcertaban también, pero le estimulaban a profundizar más en la comprensión, en la oculta significación de unos textos que eran un reto a la vieja preceptiva, un desafío a la sindéresis, en nombre de la modernidad en la que uno pretendía instalarse.

Yo me había quedado, en cuanto a dificultad, en el Mallarmé de *Herodías* y de *Igitur*, pero esos versos acrobáticos de Gerardo Diego me desasosegaban profundamente. Había poemas verdaderamente difíciles, pero también poemas de oscuridad total, inabordables para mi capacidad receptiva de entonces. Aquel *Valle Vallejo*, aquella *Liebre en forma de elegía*, aquellas *Nubes de tí*.

Yo no sabía que toda la gimnasia mental que hacía para comprender estos poemas me estaba poniendo en camino hacia Juan Larrea, de quien entonces no conocía ni el nombre, salvo porque figuraba en un poema *A Juan Larrea, en su partida de España*, del que parecía deducirse que el tal Juan Larrea era un poeta importante, que ejercía un cierto magisterio sobre el autor de la *Antología*. Decía el poema:

*Bien sabes, Juan, que es cierto que en
/ poca agua naufrago.
Más de una vez temiste seriamente por
/ mí.*

*Por eso, aunque te vayas, tu estrella de
/ Rey Mago
me ilumine este valle donde vivo y na-
/ cí.
Ya adivino tu gesto esquivo y enigmáti-
/ co.
Sí, ya te entiendo. Temes que me tien-
/ ten las glosas,
que me contagie el morbo estéril del
/ gramático
y en heroico herbolario pare el cultor
/ de rosas.*

El siguiente hito fue la *Antología Poesía española. Contemporáneos*, de Gerardo Diego, que yo leí en su segunda y más confusa y condescendiente versión, la de 1934. Allí me encontré con *El mar en persona* y con Larrea, ya con su verdadero rostro. En esa antología, los poemas de Larrea me parecieron unos huesos imposibles de roer, tanto me desconcertaban y me desesperaban. Eran, sin duda, los más difíciles de aquel libro en el que había muchos poemas verdaderamente difíciles. Siempre acababa aprendiéndomelos de memoria y rumiándolos para sacarles el sentido que no veía claro, pero que cada día se me iluminaba un poco más.

Después encontré su nombre en otras antologías. Cayeron en mi mano la *Antología Caballo de fuego*, publicada en Buenos Aires, la *Antología del surrealismo español*, publicada por la Revista Verbo, de Alicante, la de César González Ruano, en la que hay una atractiva semblanza humana de nuestro poeta, que más tarde yo completaría con las líneas que le dedica en sus memorias *Mi medio siglo se confiesa a medias*.

En la *Antología* nos pinta este fiel retrato: "Por mi parte, conocí y traté a Juan Larrea y puedo servir de testimonio de que no es ningún seudónimo ni invención de Gerardo Diego. Era un ser viviente, agradable y simpático, con una dentadura perfecta, frente espaciosa, de elegante vestir, entre tímido y escéptico, especializado en colecciones de arte precolombino"

En sus *Memorias* González Ruano le recuerda así: "Larrea vivió en París varios años y apenas tenía obra. Era un dandy irónico y hombre de buen gusto en todo, demasiado influido por los franceses de la última hora y, a mi entender,

por Neruda y Vallejo y aun por Vicente Huidobro, aunque aquí se le presentó como una especie de milagro y fenómeno poético. A él se le había pegado mucho de los americanos Huidobro, Neruda y Vallejo, hasta en lo físico, y se fue al Perú, de donde vino poco antes de la guerra civil. Larrea era hombre guapo, muy señorito, a quien, me parece a mí, no le importaba la literatura más que como le podía importar a un snob desdeñoso". La figura humana de Larrea, a través de estos textos, se iba acercando a mi horizonte.

Otro hito importante en el camino hacia Larrea lo marcó el día en que descubrí, -era ya por los años 50-, en una librería de Bilbao, sin duda la más inquieta y vanguardista de aquellos años, la librería de Varela, cinco ejemplares cinco, del primer número de *Favorables París Poema*, que repartí con dos amigos. Yo me quedé con tres ejemplares, dos de los cuales regalé posteriormente. Don Adrián Varela, el librero, recordaba perfectamente que no había conseguido colocar ninguno, por lo cual no había solicitado ejemplares del número dos. Creyó el librero, sin duda ingenuamente, que siendo su editor un bilbaíno, la revista, aun dentro de un círculo minoritario, tendría alguna aceptación en Bilbao; o creyó el editor-poeta que algún paisano suyo compartiría sus actitudes vitales, cuando no sus presupuestos estéticos. No fue así, puesto que veinte años después estaban los cinco ejemplares cinco intactos. No tuvo ciertamente fortuna en su Villa natal, y pienso que tampoco en otros ámbitos, aquella revista audaz, que había nacido para provocar irritación y polémica. En cada número había una tarjeta desafiante, en la que se decía: "Juan Larrea y César Vallejo solicitan de V. en caso de discrepancia con nuestra actitud, su más resuelta hostilidad". La revista, sin dejar de producirme desasosiego, me produjo también algo de esa emoción que Gabriel Celaya calificaría como fulminante.

Mi conocimiento de Larrea, conocimiento superficial hasta entonces, lo situaba aun entre los poetas ultraistas-creacionistas, sin haber calado muy bien qué sean ultraismo o creacionismo.

En aquellos años dudo que hubiera alguien a nuestro alcance que pudiera explicar esas cosas.

Más tarde, y con ocasión de estar trabajando en una Antología y un censo de poetas vizcaínos, volví a tropezarme con su figura sorprendente, inclasificable. Andando en esos trabajos, escribí un *Pequeño viaje a nuestro Parnaso*, y en él tracé esta semblanza de Larrea: (Esto es ya de 1956 o 58, aunque no se imprimió hasta 1961, año del Centenario de Góngora)

Oigan después los versos favorables con que llenó de nubes la estafeta el que un folio de datos indudables llamaba Juan Larrea Celayeta. Pobló de certidumbres habitables el oscuro dominio del poeta, afinador certero del instinto y monstruo de su propio laberinto.

Evidentemente, seguía influido por la constelación de Gerardo Diego y por ciertas fijaciones gratas a los poetas ultraistas, de las que no me podía despegar. Por ello había visto con tanta simpatía y entusiasmo a los poetas del postismo, en el que había entrado como en un juego, por veneración, sobre todo, a los manes del autor de la *Fábula de Equiz y Zeda*.

Tengo que hablar ahora de un entrañable amigo, que venía desde muy lejos discurriendo en la onda de Larrea, escribiendo poesía trascendente, divulgando a los poetas de vanguardia en una exigente labor de investigación y entregado últimamente a experiencias estéticas renovadoras en el campo de la música concreta y de la poesía espacial. Me estoy refiriendo a Julio Campal, a quien ví por última vez en Bilbao, en compañía del musicólogo Juan Carlos Gómez Zubeldía, compañero de especulaciones estéticas avanzadas en el campo de la poesía sonora.

El me ayudó a acercarme a la obra de Huidobro, que conocía bien, y por ahí se abrió un flanco de comprensión hacia Larrea. Julio Campal, uruguayo-argentino, se quitó la vida poco tiempo después de esta visita a Bilbao, lo que nos dejó a todos sobrecogidos, por el hecho en sí y por las circunstancias en que se produjo.

Campal no había conocido personalmente a Larrea, aunque había visitado muchas veces Córdoba -él creo que era nacido en Mendoza- pero sí disponía de algunos textos suyos. En una pensión de

la calle Alcalde Sáiz de Baranda, número 20, de Madrid, donde le visité muchas veces, encontré un ejemplar de *Razón de ser* -la primera obra extensa de Larrea que vino a mis manos- que me prestó y que leí de un trago en los breves días de una estancia en aquella capital. También me prestó *Temblor de cielo* y *El ciudadano del olvido*, de Huidobro.

Conservo los guiones de sus seminarios acerca de la estética de la vanguardia y poemas ciclostilados de Larrea, sacados de la *Antología* de Gerardo Diego y de *Favorables*, junto con otros de Huidobro, y algunos de Vallejo y de Rubén, que servían como material de trabajo para las charlas que daba en la sede de las Juventudes Musicales, en la capital de España. Fue importante este ciclo porque en un Madrid que todavía era el de los Austrias, en años en que aun imperaba Garcilaso, consiguió encender la inquietud y acercar el mensaje de Larrea y de Huidobro a la juventud de entonces.

Julio Campal, a quien Gerardo Diego dedicó un artículo emocionado en ABC, era un buen catador del mensaje trascendente de la poesía de Larrea y a él se debe el conocimiento que algunos adquirimos de su obra, porque a todos nos ensanchó el horizonte, enseñándonos algunas de las claves necesarias para entender la poesía de la vanguardia. Si se investigase bien este aspecto, se tendría que reconocer que su magisterio influyó no poco en el cambio de rumbo que por entonces se produjo en algunos poetas jóvenes.

Otro hombre que se interpuso en mi camino hacia Larrea fue Jorge de Oteiza. En una de mis escasas visitas a su casa de Irún, en años en que nos unía un sentimiento de disconformidad con la realidad española, en aquellos años de contestación intelectual y de búsqueda, visité a Oteiza, juntamente con Vidal de Nicolás, Agustín Ibarrola y José María de Basaldúa. Debí de ser por los años 1957 o 1958. Hablamos de la Argentina, donde había vivido. Creía encontrar en algunos de sus textos afinidades o influencias de Larrea, por lo que pensaba que le habría conocido o tratado en sus años de exilio, que habría podido tener relación con él. Me dijo que no lo había conocido, pero disponía de los dos tomos de *Rendición de Espíritu*, que

me prestó y copié por entero, con ayuda de mi mujer.

Un paso más hacia el conocimiento de Larrea me lo proporcionó, era inevitable, Gerardo Diego, a quien conocí por entonces. El me prestó una copia mecanografiada de *Oscuro dominio*. Esta copia, a su vez, la mecanografié y se la envié de nuevo a Gerardo, que estaba ya inquieto por mi tardanza en devolvérsela. Con Gerardo hablé, en tres o cuatro ocasiones, de Larrea. Dada la lejanía y el silencio que se había impuesto Larrea, él era sin duda el mejor guía, algo así como su representante en la tierra, su apoderado y el intérprete oficial de la poesía de nuestro paisano, al que retrató, en su *Epístola a Rafael Alberti*, como

*el otro fiel, mi inseparable hermano,
que amasa sus milagros favorables
con el más puro gesto cotidiano,*

aunque de la obra de pensamiento escrita en América no me pareció que tenía mucha información por aquellas fechas.

Sobre el título de ese libro, *Oscuro Dominio*, el único de poesía -bien que en prosa- publicado por Larrea hasta entonces, quiero hacer una digresión, que no es del todo inoportuna. Yo conocía un libro titulado *Obscuro* -escrito así, con b intercalada- *Dominio*, publicado en Alicante en 1914 y del que era autor Julio de Ugarte. Responde a las pautas de modernismo refrenado, rebajado de color, y hay en él poemas de indudable belleza y calidad, poemas dedicados a Gregorio Martínez Sierra, a Francisco Villaespesa, a Juan Ramón Jiménez, a Emilio Carrère, a Pedro de Répide, a Ricardo J. Catarineu, a Ramón Goy de Silva, a Antonio Machado, a Ricardo León, a Emilio Bobadilla, a Eduardo Marquina; a los que fueron maestros de Larrea a lo largo de unos cuantos años, hasta el momento mismo en que, en 1919, "le llegó el meteoro, / a cuyo fulgor supo cómo se alquimia el oro / y se hace geometría la sombra del arcano".

*Por un jardín sin flores vaga absorto el
/ poeta;
sobre el vergel se cierne la trágica si-
/ lueta
de un ángel enlutado que sembró el ex-
/ terminio
sobre la regia pompa de las floridas ga-
/ las;*

*y el poeta doliente, como un ave sin
/ alas,
ha caído en las sombras del oscuro do-
/ minio.*

No consta en ningún lugar que su autor fuera conocido de Larrea, ni siquiera que Larrea hubiera leído este libro, que está muy en la línea de lo que escribía nuestro poeta por los años inmediatamente anteriores a conectar con el movimiento Ultra. Muchas veces me he preguntado si influiría este título en el suyo, si se puede considerar algo más que una coincidencia casual, teniendo en cuenta que el libro aparece cuando Larrea y Gerardo estaban en plena formación, en plena fiebre de imitación modernista, antes de que Huidobro les contagiase el frenesí de destrucción, el "odio a los dioses miméticos."

Yo seguía adentrándome en sus grandes libros teóricos, tratando de hacerme con las obras que me faltaban y echaba de menos. Un capitán de la marina mercante y poeta, Elías de San Millán, que tocó en el puerto de Veracruz, me consiguió *Rendición de espíritu*. Mi mujer, en un viaje a la Biblioteca del Congreso de los EEUU, una copia de *The vision of the Guernica*, que tradujimos parcialmente al español.

La ocasión próxima de mi contacto con Larrea me la dió el conocimiento que tuve de que Larrea había sido fundador de *Cuadernos americanos* revista en que había colaborado mi suegro, Ramón Iglesia Parga, archivero, historiador, profesor de Historia de América, que había compartido con él las amarguras del exilio. Ramón Iglesia había colaborado en la *Revista de Occidente*, en *Cruz y Raya*, en *Tierra firme*, en *Hora de España* y en las revistas del exilio *Romance*, *Cuadernos Americanos* y *España peregrina*, las dos últimas, según supe más tarde, dirigidas por Larrea. Conseguimos de don Jesús Silva Hertzog una colección completa de *España Peregrina* y la dirección de Larrea; supimos que enseñaba *Teleología de la Cultura* en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, en la República Argentina.

Así que nos dirigimos a él, debía ser por el año 1959, solicitándole noticias de algunos trabajos de mi suegro, le pre-

guntábamos sobre su vida y sus andanzas y le pedíamos material poético que completase lo que conocíamos por la *Antología* de Gerardo, con vistas a mis trabajos sobre poesía vizcaína en que yo estaba metido por entonces. A ella respondió Larrea con una carta muy afectuosa, larga y sustanciosa, llena de interés biográfico y de ideas, en la que nos brindaba su amistad y dejaba la puerta abierta para ulteriores contactos.

Después de esta carta vinieron otras muchas. En todas ellas Larrea me cuenta cosas de su vida en Córdoba, me habla de su obra en marcha, me explica el sentido de sus libros. Me envía sus publicaciones. Uno por uno todos los tomos del *Aula Vallejo*, *Corona Incaica*, *Teleología de la Cultura*, con dedicatorias que me emocionaron entonces y me siguen emocionando. Así en el libro *Pintura actual*: "A Gregorio San Juan, poeta bilbaíno, confabulosamente, Juan Larrea", o la de *Vicente Huidobro en vanguardia*: "A Gregorio San Juan, junto a la Ría tan lejana y tan mía de Bilbao, con el universalizado y agradecido afecto que a él me inclina, Juan Larrea". O la de *César Vallejo, héroe y mártir indohispano*: "A mi buen amigo Gregorio San Juan, en el Bilbao de mis lejanos días, con mi más cordial saludo de un Hoy inexpugnable, Juan Larrea". O la de *Corona Incaica*: "A Gregorio San Juan terco amigo, con un terco abrazo, y a María Fernanda, de su afectísimo Juan Larrea". O la de *Picasso. Guernica*: "A Gregorio San Juan, amigo de verdad, en San Sebastián, el 2 de febrero de 1977, agradecido y avergonzado, Juan Larrea". Me he extendido en estas menciones porque estas dedicatorias me producen, con el paso del tiempo, hoy que ya nos falta, una emoción incontenible.

Un día, buceando tras las huellas de su obra en la Hemeroteca Municipal de Madrid, localicé dos bellos poemas de su época ultraísta; uno de ellos, el que empieza: "Yo/ que ayudé a bien morir las olas en tu nuca/ y descorché volcanes en tus días expósitos..." en la revista *Grecia*, y el otro, *Fórmulas*, en la revista *Cervantes*, que no habían sido recogidos posteriormente pero que más tarde lo serían en *Versión Celeste*. Publiqué el segundo de ellos, con su autorización, en la revista *Nueva Forma*, en uno de los

volúmenes dedicados a la arquitectura de Bilbao que prepararon Juan-Daniel Fullaondo, Gabino-Alejandro Carriedo y Santiago Amón, en el que corrió a mi cargo la selección de los textos sobre Bilbao, que exornaron los cuatro espléndidos números. Consintió en que se publicara y efectivamente se publicó. Fue, sin duda, el primer poema rescatado, publicado fuera de los de la *Antología* de Gerardo y de los de la revista *Carmen*.

Larrea me habló de otro poema dedicado a Bilbao, anterior a *Fórmulas*, - como que es anterior a la aparición del ultraísmo-, escrito aun en lenguaje modernista; el que empezaba:

Finge una extraña mueca este Bilbao
/ nocturno,
somnoliento minero vestido de mahón,
enjoyado de anillos con humos de Sa-
/ turno
y embadurnado el rostro de tizne y de
/ carbón.

Yo se lo había solicitado para un trabajo que preparaba por entonces sobre Bilbao como tema de poesía, pero se resistió a autorizar su inclusión, como inédito, en el mismo, para no ir en la mala compañía de algún poeta de los que yo le mencionaba -no me dijo quiénes eran, aunque era fácil imaginarlo-. No eran desde luego Cendrars, Kipling, Brecht... Las malas compañías eran José del Río Sáinz y José María Pemán. ¡Riguroso y fiel Larrea!

Entre diciembre de 1971 y febrero de 1972 se celebró la Primera, creo que fue la Primera, Exposición de Arte Vasco, que organizó el Ayuntamiento de Baracaldo, bajo la batuta de José María Moreno Galván y Santiago Amón. Se me invitó a participar en un ciclo de conferencias sobre estética, centradas en la vanguardia; un ciclo en el que intervinieron, entre otros, Cirilo Popovici, Moreno Galván, Santiago Amón, Carlos-Antonio Areán, Ramón D. Faraldo y Raúl Chávarri. Mi conferencia, pronunciada el 28 de enero de aquel año 1971, se titulaba *Noticia de Juan Larrea*. Aun conteniendo algunas inexactitudes y algunas valoraciones hiperbólicas, daba referencias muy precisas de su vida y de su labor en el exilio; de su obra poética, -de la considerada como tal,- pero también de su otra obra en prosa, no menos poética que la escrita en verso. Era, puedo decir

sin falsa modestia, la semblanza más completa hecha hasta aquel momento. (El libro de David Bary empezaba a gestarse por entonces y tardaría aún seis años en aparecer). Mi conferencia se publicó, junto con las restantes, en un volumen editado por el Ayuntamiento de Baracaldo, con la colaboración del Banco de Bilbao. Recuerdo que la publicación tuvo alguna resonancia, porque motivó una carta de D. José Antonio Maravall, sumamente interesado por el tema Larrea, en la que me invitaba a escribir sobre él en *Cuadernos Hispanoamericanos*, y me pedía le facilitase una copia de *The Vision of the Guernica*.

Al acusar recibo de mi conferencia, Larrea me dice, entre otras cosas: "Por sus escritos, que tanto le agradezco, sospecho que no conoce usted bien *La Espada de la Paloma*, o que no se ha decidido a agarrar el ángel por donde

quema. En este libro se centra lo en verdad trascendente de la experiencia, creo que singularísima y reveladora, que me ha tocado vivir como persona que lo hace poéticamente en el cráter de nuestro siglo."

El 14 de marzo de 1975, día en que D. Juan cumplía los 80 años, tuve el atrevimiento de publicar en el *Diario Hierro*, de Bilbao, un artículo llamando la atención sobre la significación de nuestro paisano, denunciando la pasividad, cuando no la ignorancia de nuestras Instituciones de Cultura, y llegaba a pedir que se estudiase la posibilidad de proponer su nombre para el Premio Nobel. Terminaba así mi artículo:

"Aprovechando esta coyuntura, este oscuro ciudadano de las letras, se atreve a proponer a los altos olímpicos de la cultura oficial que desciendan al terreno de las realidades de nuestro siglo y,



aun a trueque de olvidar por unos días a los santones de nuestro pasado remoto, propicien, promuevan o apoyen un digno homenaje a nuestro paisano..." Proponía la creación de una Comisión que llevase a cabo...una exposición bibliográfica de sus libros y publicaciones, un ciclo de conferencias y estudios sobre su obra, la edición de un libro conmemorativo, que yo sugería que fuera la versión castellana de *The vision of the Guernica*... Pedía que se diese su nombre a una calle y a un centro de cultura o enseñanza..."Y finalmente, -nadie se sorprenda por lo que digo- dirigirse a las Universidades de Bilbao para que, solas o conjuntamente con las americanas donde ha profesado, estudien la presentación de su candidatura para el Premio Nobel de Literatura..." Y añadía: "Mi propuesta, como aquella de Rubén, queda hecha sobre las alas de los inmaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter."

Naturalmente, nadie se dió por aludido. Ninguna de las Instituciones a que me refería hizo nada por extender el conocimiento de su figura o de su obra. Años más tarde, seguía sin haber un solo libro suyo en las bibliotecas públicas del País Vasco.

En carta de 27 de agosto de 1975, cinco meses después de publicado el artículo, Larrea me escribe: "Muy estimado amigo: Por Castañón me había llegado la fotocopia de su artículo sobre mis 80 años, que me dejó estupefacto y me reveló en su autor una peligrosa afición a las nobelerías (con b). ¿Será menester otro nuevo D. Quijote?". No hay más comentario. Así reaccionó aquel hombre extraordinario, que vivía escondido y no quería hacer ruido con su nombre.

De la mano de Larrea me había llegado por entonces la amistad de un hombre excepcional, larreano y vallejiانو, de un aventurero del espíritu como él, de un **bersagliere** de la pluma y de la idea: José Manuel Castañón, con quien he mantenido una amistad fraterna y una larga correspondencia en estos años, gran parte de la cual ha girado alrededor de Larrea, de los temas que tienen que ver con Larrea, maestro de los dos, maestro entre los maestros.

Un día pensé que era llegado el momento de hacer realidad la idea, larga-

mente acariciada, de dedicar a D. Juan un homenaje que dejara alguna huella en el País Vasco, en el que había nacido. Propuse a Leopoldo Zugaza, editor por entonces de Durango, hacer un monográfico en su revista *Gaiak*, en la que yo colaboraba con unas semblanzas de poetas vascos, de las que habían aparecido las dedicadas a Tomás Meabe, Jerónimo de Arbolanche y Juan Gutiérrez Gili y de las que estaban listas para su publicación las de Fernando de la Quadra-Salcedo, Alonso Ezquerro y Arcadio Pardo.

Creía que Juan Larrea merecía un número como el que proyectábamos, con trabajos a cargo de diversos autores que ya tenía en la mente (¡era la primera vez que se intentaba algo así en España!) y una selección de su obra poética. Pensaba que se podía hacer, con este motivo, una reproducción facsimilar, en tirada aparte, de la revista *Favorables París Poema*, y así se lo comuniqué a D. Juan en carta de 15 de noviembre de 1976. También le dije que yo creía que era llegado el momento de dar a conocer en España el texto en castellano de *The Vision of the Guernica*.

Entra entonces en escena un personaje español, exiliado, impresor, que en Méjico, entre otras obras de exquisito gusto, - Francisco Giner de los Ríos, Ernestina de Champoucin...- ha publicado la obra completa de León-Felipe, Alejandro Finisterre, de apellido simbólico y larreano, vinculado a Larrea amistosa y profesionalmente, que actuaba como representante o apoderado suyo. Me ofreció los derechos para la edición del *Guernica*, pero no del libro tal como se había hecho en Nueva York, sino ampliado y completado con nuevos textos y dibujos de los realizados antes o durante la ejecución del famoso cuadro. Así como también la edición facsimilar de la revista *España Peregrina*.

Le puse en relación con el editor de Durango para dar cima al proyecto que acariciábamos. Nos desplazamos a El Escorial, donde redacté el contrato de edición, que se firmó a continuación, entre Larrea, representado en aquel acto por Alejandro Finisterre, como titular de los derechos, y Leopoldo Zugaza, en su propio nombre como editor, para la publicación del libro *Picasso: Guernica*, y

de una edición facsimilar de *España Peregrina*, ofertas que Zugaza, a la vista de los textos, consideró muy interesantes. La firma de aquel contrato se me presentaba como un triunfo moral de la democracia incipiente: iba a aparecer en el País Vasco, en Durango, la otra villa mártir, a pocos kilómetros de Guernica, el libro que pasa por ser la interpretación más acreditada del cuadro, el que ahonda más en la significación de aquel bárbaro hecho, que sacudió con violencia inusitada la conciencia del mundo. Estaban hechos ya los fotolitos y todo a punto para la impresión, cuando el editor se volvió atrás y devolvió los originales por no estar, al parecer, -según dijo- de acuerdo con las tesis que sustenta Larrea en esa obra, así como con las ideas expresadas en *España Peregrina*. Quedó también en proyecto el monográfico de *Gaiak*, ya que se suspendió su publicación al siguiente número.

Acertó Larrea cuando me anticipó, en carta de 22 de enero de 1977: "Otras cosas. *Gaiak* me produjo el mejor de los efectos desde todo punto de vista. En relación conmigo, sólo me inquieta que mis textos, por lo radicales, sobre todo en el orden religioso, puedan causar la confusión y hasta la repulsa de muchos de sus lectores bien intencionados pero mal informados. Que el País Vasco es el búnker de la Contrarreforma y la espada de la paloma no ha hecho mella en él todavía. Lo que a su hora tendrá que ocurrir..."

El proyecto de editar en el País Vasco *España Peregrina* y el *Guernica*, no fue, pues, adelante. *España Peregrina* se editaría en Méjico y el *Guernica*, en Madrid, bajo el pie editorial de *Cuadernos para el Diálogo*. La democracia, que daba sus primeros pasos por entonces en España, hacía ya posibles estas cosas. En estas circunstancias se produjo la venida de Larrea al País Vasco, traído por *Cuadernos para el Diálogo*, para presentar su libro; el lunes, día 2 de enero de 1978, a San Sebastián y el martes 3, a Bilbao. En ambos actos me cupo el honor de presentarle, junto con Santiago Amón.

En Bilbao, el acto se celebró en el Hotel Ercilla. Colaboró en la organización, junto con la editorial, la Fundación

Orbegozo. Estaba anunciado que formaríamos la mesa, por sugerencia de Larrea, con él, Eduardo Chillida, Santiago Amón y quien esto escribe. Ante la inasistencia de Chillida, ocupó su puesto en la mesa Enrique Sarasola, en calidad de representante, como Consejero Delegado, o Apoderado, de *Cuadernos para el Diálogo*.

La acogida fue bastante cálida y la prensa se ocupó extensamente del acto protagonizado por este bilbaíno que regresaba del Más Allá de las columnas, del Plus Ultra, tras casi sesenta años de ausencia, y que nadie sabía que fuera tan importante. A continuación del acto, cenamos con D. Juan y su nieto Vicente Luy Larrea, su hermano Antonio y un hijo de éste, Santiago Amón y este cronista. Por lo que hace al encuentro familiar, fue muy entrañable y cordial, pero muy breve porque al día siguiente, de madrugada, reanudaba el viaje hacia Madrid.

Nos cruzamos unas cuantas cartas más antes de recibir, por el periódico, una última y triste noticia: la de su muerte, ocurrida el día 9 de julio de 1980; noticia que llegó a España con dos meses de retraso. Como una metáfora de su vida o como una premonición de lo que ha sido y sería el retraso en la recepción de su mensaje. Hará falta tiempo para que su obra sea conocida y divulgada al nivel que corresponde. Todavía hoy, en este año de su centenario, no se han movilizadas las instituciones, dando con ello muestras de su poca fe en la cultura trascendental, al evitar arriesgarse en el apoyo o en el compromiso.

A los cuatro años exactos de su muerte, se celebraron, del 9 al 13 de julio de 1984, las Primeras Jornadas Internacionales Juan Larrea, organizadas conjuntamente por la Sociedad El Sitio y la Universidad de Deusto, bajo la dirección conjunta del profesor y destacado larreólogo Juan Manuel Díaz de Guereñu, y de quien esto escribe. Ciertamente transcurrieron, a pesar de su enorme importancia, en medio de una indiferencia casi general. Pudieron haber sido escritas para aquel momento las palabras que escribiera en la revista *Lola* Gerardo Diego, en 1927, cuando la conmemoración de otro centenario, el de D. Luis de Góngora:

“Es el centenario de Góngora. Hay que hacer algo. Y tenemos que hacerlo nosotros. Si esperamos que lo hagan las corporaciones oficiales, pasaremos por el bochorno de que España celebre el centenario de su más grande poeta entre una absoluta indiferencia, con cualquier actillo exterior y falso, algún certamen novelesco y media docena de artículos de enciclopedia...” (En nuestro caso, ni siquiera eso). ¿Recordais los términos en que aquella convocatoria se hizo?:

*A los nietos de Góngora convoca
a que ordeñen los pechos de su musa,
viva y caliente, si ya no es de roca.
Insiste, apremia, estrecha y si rehusa
alguno o ya vencido o pudoroso,
vuelvelo tú a la fe con frente ilusa.
Ciérrales la salida en recio acoso,
como ví a los jinetes andaluces
acorrallar al toro tormentoso.
Pídeles por la gloria de sus luces
que por don Luis de Góngora y Argote
vistan su terno de más vivas luces.*

El resultado de aquella tertulia de poetas, -todavía nadie les había llamado “generación del 27”- ahí está. Góngora fue conocido y honrado gracias al esfuerzo, al donaire, al conocimiento de estos poetas a quienes insiste y apremia Gerardo, el capitán de aquella aventura, para que se echen al ruedo del trabajo y del compromiso. Allí, en aquella ocasión, estaba también, -no podía faltar- Larrea, a quien Gerardo aludía en estos versos:

*El otro fiel, mi inseparable hermano
que amasa sus milagros favorables
con el más puro gesto cotidiano.*

Parodiando a Gerardo, dije en aquella memorable ocasión:

*Yo te diré los larreanos. Yo te
recordaré sus nombres. El Parnaso
conoció nunca más florido lote.*

Porque allí estuvieron todos, presentes o representados: Gerardo Diego, Robert Gurney, David Bary, José Rubia Barcia, José-Manuel Castañón, Felipe Daniel Obarrio, Uruguay Gozález Poggi, Agustín Sánchez Vidal, Cristóbal Serra, Juan Manuel Díaz de Guereñu, Juan Cano Ballesta, José Paulino Ayuso, José Antonio Bravo, José Angel Ascunce... Del éxito de las jornadas da fe el libro que de ello resultó: *Al Amor de Larrea*, de consulta obligada para todos los que



Juan Larrea

quieren penetrar en su obra, o ensanchar el conocimiento de nuestro poeta, pensador y arqueólogo.

Cuando organizábamos aquellas Jornadas, pensábamos que deberían tener continuidad. Soñábamos con un Aula Larrea que, a semejanza del Aula Vallejo, creada y dirigida por nuestro poeta en la Córdoba argentina, diera estabilidad y permanencia a tanto esfuerzo. Porque entendíamos que la figura de Larrea justifica nuevas ocasiones de aproximarnos a su obra para analizar y difundir la riqueza y complejidad de su verbo.

De aquellas Jornadas quedó un recuerdo, en forma de placa conmemorativa, en la casa en que nació, en el número 2 de la calle Henao. Como Presidente de la Sociedad El Sitio, promotora de la idea, me correspondió gestionar los permisos necesarios para la ocasión, que nos fueron concedidos, de forma que el día 13 de julio de 1984, después de clausurar las Jornadas, convocamos a un sencillo acto público en que se descubrió la placa.

Dije en aquella ocasión: “Nos hemos dado cita aquí, para este acto de fe, las cuatro personas que en Bilbao aún vibramos por estas cosas. Si Juan Larrea viviera, se sentiría emocionado por la discreción y el silencio que envuelven este acontecimiento, tan en la línea de como a él le gustaba hacer las cosas. O quizá se sintiera incómodo al ver su nombre en la piedra, porque él era partidario de dejar madurar las ideas, no de empujarlas para ayudarlas a encarnar antes de tiem-



Juan Larrea

po. Sabía que la Poesía con mayúscula es una vibración de onda larga que, lenta pero inexorablemente, horada el caparazón de la historia y sacude, sin que se note, la conciencia del mundo... Larrea nos descubrió la misión del poeta, en el alto sentido que para él tenía este apelativo, y el valor del lenguaje profético, que ejemplificó en aquellos versos de Rubén que hubiera podido firmar Hölderlin, el Hölderlin de *Brot und Wein*, el que dijo aquello de '¿qué falta hacen poetas en tiempos calamitosos?':

*Torres de Dios, poetas,
pararrayos celestes
que resistís las duras tempestades,
como torres escuetas,
como picos agrestes,
rompeolas de las eternidades...*

Porque la Poesía es una herramienta que barrena el pensamiento lógico y hace que se resquebrajen muchas de sus certidumbres...La obra de Larrea se abre camino. Estaba en las antologías más exigentes, como una de las voces cimeras entre los poetas de este siglo. Ahora estará presente también en su ciudad, empieza a formar parte de nuestro paisaje urbano... Gautier, en sus *Esmaltes y Camafeos*, nos dejó, como aristas de una gema, unos pocos versos que hablan de la perennidad del nombre y del busto y de la eternidad de la palabra: 'Todo pasa. El arte robusto/ nace para la eternidad./ El busto / sobrevive a la ciudad./ Y la medalla austera / que encuentra un labrador / bajo la tierra, / revela a un emperador./ Hasta los dioses mueren, / pero los versos / adquieren una dureza / superior al acero'...

Aquí, sobre este muro, los hombres de El Sitio queremos dejar un recuerdo para que los bilbaínos que crucen esta calle sepan que Juan Larrea, que nació en este casa, que fue calificado por Vittorio Bodini de "padre desconocido del surrealismo español", y por Gerardo Diego como "el más hondo e intenso de los poetas españoles", dejó un mensaje escrito que tenemos que esforzarnos en interpretar."

Aun me tocó protagonizar, en 1980, otro acto en favor de Larrea, pero esta vez sin éxito. Siendo concejal, miembro de la Comisión de Estadística del Ayuntamiento de Bilbao, su Villa natal, propuse a dicha Comisión se diese el nombre de Larrea a una de las 160 calles a las que, por llevar nombres que recordaban el pasado franquista, se había resuelto cambiar. A pesar del entusiasmo que puse en la tarea, fui derrotado por cuatro votos contra uno. No ha llegado aun el tiempo, pensé. Otra vez será.

Lo que sí conseguí es que lleve su nombre una Sala de Cultura, dependiente de la Delegación del Gobierno. Como presidente de El Sitio, hube de proponer al Gobierno Civil, dada la carencia de locales para actividades culturales independientes, se destinase a esa función la que había sido sala de actos de los Sindicatos Verticales, como aula abierta al público para canalizar las actividades que surgieran espontáneamente de las instituciones y asociaciones culturales. Lo propuse pensando especialmente en la Sociedad El Sitio, que había sido privada de su sede por haber sido declarada incurso en la Ley de Responsabilidades políticas. La idea fue asumida por el Gobierno Civil y hasta se elaboraron unas normas de uso de aquella, a la que se había decidido llamar Miguel de Unamuno. Sin merma del respeto debido a D. Miguel, cuyo nombre llevan otros centros y, entre otros, el Instituto de Enseñanza Media, -lo que podría fomentar la confusión-, propuse el de Juan Larrea, que fue aceptado. Sólo ensombreció la alegría de este acuerdo el que se puso en la fachada del edificio un rótulo en bronce que algo dice sobre el grado de información de quien lo encargó: Sala Juan De Larrea.



librería

LAGUN

literatura

ciencias sociales

filosofía

Pz CONSTITUCION. 3

DONOSTIA

Para terminar este ya largo Itinerario hacia Larrea, -diré que motivado por el trato y el afecto que siempre tuve hacia su persona-, transcribiré las últimas palabras que me escribió, que adquirieron una especial vibración en mi alma cuando me llegó la noticia de su muerte. "Y usted, querido amigo, de nombre trascendental para mí, que tanto he vivido y vivo de las palabras, reciba el acendrado abrazo que desde hace siglos viene transmitiéndose entre aquellos a quienes la vida ha hecho sentirse hermanos."